

Baptiste

Emili Fonollosa

Bautista Villaplana Albert es una persona muy conocida en la población de Les Coves de Vinromà, a pesar de llevar ya unos cuantos años retirado de su labor profesional y es que entre 1958 y 1984 fue el "alguacil del pueblo", personaje que como en cualquier municipio de pocos habitantes, antaño tenía una relevancia tal que multiplicaba sus labores, estando dispuesto a solucionar cualquier eventualidad.

Baptiste, como le conocen todos sus convecinos, tiene actualmente 77 años, lleva una vida muy tranquila en su casa de la calle Desamparados, entre la Església Vella y la nueva. Con la tranquilidad de que goza una persona ya jubilada, le fluyen los recuerdos a la hora de narrar cómo era su labor profesional. Le gusta comenzar recordando que antes de ser alguacil, estuvo como guardia de campo, "me casé en 1949 (tiene un hijo, que es profesor en un instituto de Castellón) y tres años después entré como guarda, al cabo de un tiempo me presenté a las oposiciones para alguacil y superé el examen, de manera que el 13 de agosto de 1958 pasé a trabajar como "alguacil voz pública, se llamaba así porque se pregona-ba por las calles, de esquina a esquina".

Baptiste no fue un alguacil cualquiera, como en la "mili" ya se aficionó a aprender algunas normas, "yo siempre tuve afición por saberme "reglas" y al entrar en el Ayuntamiento como alguacil, se puso a revisar un montón de hojas de empadronamiento, convirtién-



dose en un "alguacil multitareas". "La máquina de escribir no la usaban casi en el Ayuntamiento, pero yo empecé a teclear, hasta convertirme casi en un gran mecanógrafo".

Hacía los habituales bandos y avisos y estaba a las órdenes del alcalde y el secretario, "pero como el sueldo era corto, también tenía trabajos extras como cuando sacaba notas de catastro, yo lo sabía mucho mejor que el secretario, el cual me daba una compensación por ayudarlo", "también pasaba a limpio las cuentas".

Recuerda especialmente cuando se encontró mucha agua en un pozo nuevo, "por entonces, además se reconstruían las aceras, se cambiaba el alumbrado, yo iba con el aparejador midiendo las calles, avisando... había mucha faena, más cuando tuvimos que hacer lo del agua del pozo, con los contadores, contribuciones...".

CELOS DEL SECRETARIO

Baptiste era tan eficaz que uno de los secretarios que pasó por el Ayuntamiento, ahora ya jubilado, "me tenía celos e intentó hacerme la vida imposible, había dos avisos para repartir que había que pasar por el mismo sitio y me los daba por separado para hacer el camino dos veces". "Cuando deci-

dí jubilarme, al ver que me salían los números para dejarlo por invalidez, mi expediente se retrasaba meses y meses, hasta que me tuve que poner serio con el secretario". Asegura incluso que no le daba ninguna facilidad para desarrollar su labor. "Mucha gente acudía a mí a solucionar sus problemas, esto a veces le molestaba..., por suerte, yo siempre he estado bien visto en el Ayuntamiento, no me miraban como el alguacil, sino como un amigo, además, tenía mucha confianza con un joven que trabajaba también en el Ayuntamiento". A pesar de sus roces con aquel secretario, sus recuerdos gratos como alguacil en la casa consistorial se le amontonan en el pensamiento y es que fue todo un alguacil "de vocación".

LOS PREGONES

El uniforme clásico de alguacil no se lo ponía para dar lectura a los bandos con la trompeta, sólo llevaba la gorra. El uniforme se lo guardaba para los grandes eventos, como las procesiones de fiestas. Cada bando lo leía treinta y dos o treinta y tres veces, una en cada esquina, "lo hacía sobre las ocho de la mañana y por la tarde, a la hora de la cena, para los bandos sobre asuntos particulares, tocaba una vez la trompeta, para los de sociedades del pueblo, dos y para los de alcaldía, tres". Los bandos los repetían "por si acaso alguien no llegaba a tiempo a la ventana para asomarse y escucharlo". Los pregones por la calle se acabaron cuando el Ayuntamiento decidió instalar un